

Los libros de viajes en el mundo románico, Madrid, Editorial Complutense, 1991, 196 pp. (Anejo de la *Revista de Filología Románica*; 1)

Los trabajos que se contienen en este volumen son fruto de la labor que hace ya cierto tiempo vienen desarrollando una serie de investigadores españoles bajo la dirección de la doctora Popeanga sobre los libros de viajes en el mundo románico. Ciertamente era ya necesaria una labor de equipo que explorara el tema de forma sistemática, pues si bien muchas obras individuales nos son conocidas e incluso algunas tienen bibliografía y ediciones suficientes, son pocos los trabajos de conjunto. Por otra parte esta necesidad parecía flotar en el ambiente, ya que de unos años a esta parte conocemos varios colectivos en países europeos, me refiero al más antiguo de *Voyage, quête et pèlerinage dans la littérature et la civilisation médiévale*, (1976), citado en la bibliografía final de la obra, y a los más recientes y quizá por ello menos conocidos: *Wallfahrt kennt keine Grenzen*, Munich/Zurich, Verlag Schnell & Steiner, 1984, en Alemania; *Les récits de voyage*, París, A.-G. Nizet, 1986, *Métamorphoses du récit de voyage*, París/Ginebra, Champion/ Slatkine, 1986, *Voyager à la Renaissance*, ed. de J. Ceard y J.-C. Margolin, París, Maisonneuve et Larose, 1987, franceses; y *La letteratura di viaggio dal Medioevo al Rinascimento. Generi e problemi*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 1989, de Italia.

Lo que diferencia la obra que aquí se reseña es que está desarrollada dentro de un plan de trabajo más amplio y que sus colaboradores son investigadores que llevan a sus espaldas varios años de dedicación común al tema del que se ocupan. Es la directora del proyecto quien en el primer trabajo del volumen, «Lectura e investigación de los libros de viajes medievales» (pp. 9-26), establece las líneas maestras sobre las que se desarrolla la investigación. Para ello comienza por señalar que su corpus de trabajo se deriva del estudio de J. Richard, *Les récits de voyage et de pèlerinage*, que su metodología tendrá un enfoque semiótico, sin descartar otras perspectivas, y que su interés final es «un mejor conocimiento del hombre de esa época, en su dimensión de *homo viator*» (p. 10), tratando para ello de entender y explicar el éxito que tuvieron estas obras en su momento y situar los libros de viajes dentro de la literatura medieval.

Una vez que establece estos puntos, arranca del sistema cultural de la Edad Media para llegar a los códigos de los libros de viajes dentro del conjunto de la narrativa medieval, situándolos dentro de lo que denomina «libros de aventuras», que divide en tres tipos: caballeresca, de conquista

y de descubrimiento, representada esta última por los libros de viajes, ya se trate de una aventura de experiencia directa o libresca. El paso siguiente son los libros de viajes en sí mismos que, aunque la autora no lo aclara directamente, parece caracterizarlos por: manifestar «un proceso de textualización especial» (p. 24), que consiste en que se escriben durante el viaje o en que pasan por una fase oral antes de su redacción definitiva; mostrar dos tipos de estructuras según sea narración de un viaje real, la explicación de cómo se ha de realizar ese viaje real, o bien la combinación de ambas; por tener un texto modelo que se inserta en el texto relato; y por la existencia de un «relato oral» que gira en torno a los términos «aventura» y «maravilla». Este último aspecto le lleva a afirmar que a pesar de que los libros de viajes pretenden ser principalmente informativos la inclusión de la «maravilla» hace que el lector los interprete como reflejos de un mundo de ficción.

Estas bases sobre las que se desarrolla todo el proyecto de investigación muestran varias lagunas. En primer lugar por lo que se refiere a la relación entre objetivos y materia del trabajo, pues si por un lado los objetivos del proyecto son bastante ambiciosos, por otro el *corpus* parece en exceso restringido. Partiendo, como antes se ha dicho, del trabajo de J. Richard, «porque pretende agotar los relatos de viajes y peregrinaciones» (p. 12), sobre él se realiza una selección, que no sé si es solo para el volumen, como parece deducirse de la enumeración que sigue, o bien para el conjunto del proyecto, como en ciertos momentos se desprende del contexto. En cualquier caso, no parece que todos los investigadores de su equipo estén de acuerdo, pues, por ejemplo, R. Beltrán argumenta muy acertadamente que no se puede incluir *El Victorial* entre los libros de viajes castellanos, mientras que sí lo menciona la directora del proyecto. Creo que en este terreno falta en primer lugar una bibliografía o al menos una enumeración de las obras que constituyen la materia del trabajo. Para establecerla hay que delimitar con toda claridad una cuestión que, si bien se menciona no se ataca en toda su profundidad, me refiero al hecho de que los libros de viajes son en su conjunto obras muy heterogéneas o en palabras de J. Richard: «Il ne faut donc pas perdre de vue que le moyen âge n'a pas eu à proprement parler la notion d'une littérature de voyages et que le groupement que nous réalisons sous ce nom réunit quelque peu artificieusement des oeuvres très diverses» (*Les récits*, p. 36). Entonces, ¿qué incluyen estos investigadores bajo el rótulo «libro de viajes»? ¿dónde establecen los límites?, porque si vienen establecidos por la existencia de «un modelo ideal, imitado por los que, de una manera u otra, nos han relatado su viaje en la Edad Media, comprendida esta época hasta 1550» (p. 10) será imprescindible partir de la caracterización, al menos aproximativa, de ese modelo, ¿o debemos pensar en modelos? Porque, ¿es posible creer que los itinerarios y guías de Tierra Santa, una obra como *Il Milione*, la peregrinación de Ramón de Perellós al purgatorio de San Patricio o el *Libro del infante don Pedro de Portugal* tengan el mismo modelo? Me parece evidente que tienen que existir varios modelos y no solo diferenciables por el hecho de que unos relaten viajes reales y otros ficticios, ya que esa clasi-

ficación sólo puede afectar exclusivamente al material empleado para la composición del texto y no a su estructuración. Así al receptor no le era posible distinguir, y en esto disiento de las palabras de la dra. Popeanga, entre el Mandeville y Marco Polo o entre el *Libro del conoçimiento* y los viajes de Benjamín de Tudela, pues de otro modo es inexplicable que se enviaran embajadas al Preste Juan y que aún a finales del siglo xvi se siguiera intentando identificar su reino con el de algún monarca real ¹; o aún más, que M. Jiménez de la Espada en 1877 defienda la realidad del viaje en el *Libro del conoçimiento*.

Existen otras lagunas en el planteamiento del proyecto. Una de ellas, la cronología, ya implícita en la cita anterior. Sin entrar a discutir los límites temporales de la Edad Media, parece que el proyecto es mucho más amplio, pues en él tiene cabida el trabajo de C. Mejía Ruiz sobre *Las peregrinaciones* de Fernão Mendes Pinto escrito a finales del siglo xvi e impreso en 1614. Dado que tampoco en el título se especifica ningún período, a pesar de que la mayoría de estudios se enmarcarían dentro del medioevo y para la misma época es esencialmente la bibliografía, creo que se puede inferir, salvo excepciones, que es esa época la que interesa. Esta falta de concreción supone asimismo que no existan líneas precisas de investigación, sino que aparentemente cada uno de los estudiosos siga sus propios criterios no sólo metodológicos, lo cual no tendría mayor importancia cuando el método es científico, sino también para establecer el punto de partida del análisis. Pero además afecta a la valoración de todo el proyecto, pues si los objetivos no están claramente delimitados es imposible evaluar los resultados parciales dentro del conjunto, su grado de cumplimiento y en consecuencia el momento en que se han logrado todos los fines propuestos. En este sentido, hubiera sido recomendable que al final del volumen se incluyeran unas conclusiones generales deducibles del conjunto de los trabajos, que sirvieran para ir conformando el panorama definitivo.

Pasando ya a los trabajos individuales, el primero, también de la dra. Popeanga, «El viaje iniciático. Las peregrinaciones, itinerarios, guías y relatos» (pp. 27-37), abarca un extenso número de obras en una dilatada cronología que va desde el siglo iv hasta el xv. En él se tratan tanto las guías como las narraciones partiendo de la distinción de J. Richard (la diferencia entre un relato y una guía estriba en que en la primera el narrador pretende dar a conocer su propia peregrinación), pero con el interés puesto por un lado en obras fruto de una narración personal y por otro en textos misceláneos. Primero se repasan los textos en latín: el *Itinerarium Burdigalense*, representante de los «itinerarios-guía»; la *Peregrinatio Aetherae*, el *Itinerarium* de Antonino de Placentia y el *Hodoeporicon S. Willibaldi*, denominados «itinerario-relato», aunque el último de ellos se define más bien como «un relato de tipo hagiográfico cuyo núcleo se centra en una peregrinación» (p. 33). Después «los relatos en vulgar, que puedan incluirse, sin

¹ Vid. J. Richard, «Voyages réels et voyages imaginaires, instruments de la connaissance géographique au Moyen-Âge», en *Culture et travail intellectuel dans l'Occident médiéval*, Paris, CNRS, 1981, pp. 211-220.

demasiados artificios de interpretación en la categoría de 'libros de viajes'» (p. 34), entre los cuales se incluyen las historias de cruzados, mencionando la *Crónica* de Guillermo de Tiro, la descripción rimada de Philippe Mouskét, el *Itinerario de Londres a Jerusalem* atribuido a Mathieu Paris, el *Itinerarium Syriacum* de Petrarca, la *Fazienda de Ultramar*, la *Historia Orientalis* de Jacques de Vitry, traducida al castellano en la *Conquista de la Terra Santa de Ultramar*, el *Libro llamado ultramarino*, la *Embajada a Tamorlán* y las *Andanzas* de Tafur. Sin embargo, esta amplia enumeración supone la falta de profundización necesaria para situar en el plano correcto cada uno de los textos en relación a los demás y que debe partir de un estudio individual pormenorizado o del análisis detallado de algunos de sus rasgos que permita hacer valoraciones individuales y de conjunto, pues de otro modo estamos expuestos a generalizaciones simplificadoras que en nada aclaran el panorama existente.

A caballo entre la peregrinación y el cantar de gesta sitúa D. Popa-Liseu *La peregrinación de Carlomagno*, en su trabajo «Las huellas de una peregrinación imaginaria: Carlomagno en Oriente» (pp. 39-53). De él señala su falta general de historicidad, pero la posible existencia de alguna motivación real; la dualidad en los motivos de la peregrinación; la importancia de las reliquias en el relato; y sobre todo se centra en las aventuras en Constantinopla, en sus *mirabilia* y en el episodio de los *gabs*. Este episodio, siempre de difícil y controvertida explicación, lo justifica siguiendo las teorías bajtinianas, según las cuales la habitación de los caballeros es un espacio de liberación carnavalesca. Dada la disparidad de elementos que constituyen la obra, considera que en ella se «ofrece una visión de la Edad Media que privilegia la totalidad» (p. 53), con inclusión de lo que la dra. del proyecto denomina el «módulo enciclopédico», que consiste en «el viaje como pretexto para ofrecer una concepción cosmográfica y enciclopédica, y con una finalidad didáctica» (p. 53). En este sentido considero interesante el análisis final sobre el empleo de dicho módulo en la obra, en la que el espacio se divide en tres círculos jerarquizados, St. Denis, Jerusalén y Constantinopla, y para el que hubiera resultado útil la consulta de J. H. Grisward, «Paris, Jérusalem, Constantinople dans le *Pèlerinage de Charlemagne*»², de estrecha relación con sus planteamientos. Lo que echo de menos en este trabajo como en varios más de los que se recogen en el volumen, con excepción de los de J. Ribera y R. Beltrán, es una revisión de la bibliografía sobre el tema que indique en qué estado se hallan los estudios sobre la obra en cuestión, se constituya en punto de partida y marque los avances realizados.

Esta carencia es particularmente señalada en el estudio de C. González Echevarría, «El libro de Marco Polo» (pp. 55-72), ya que un texto de tan amplia difusión y de un interés manifiesto para muchas literaturas cuenta con una extensísima bibliografía, que tengo noticia está recogida por H. Watanabe, *Marco Polo Bibliography, 1477-1983*, (Tokio, 1986), donde se

² En *Jerusalem, Rome, Constantinople. L'image et le mythe de la ville au Moyen Âge*, Paris, P.U.P.S., 1987, pp. 75-82.

contiene una lista de 280 ediciones y 1337 entradas entre artículos y libros. La autora busca tratar todos los problemas que afectan a la obra: los motivos por los que se escribe en francés, la estructura, los tipos de discurso, la relación con otros modelos de la época en lo relativo al itinerario, la autobiografía, el contenido libresco y los elementos realistas y maravillosos, los clichés medievales, buscando todas las explicaciones dentro del propio texto literario, sin establecer comparaciones con otros relatos de viajes concretos ni enlazarlo con su contexto cultural. Este contraste le hubiera permitido contemplar ciertos aspectos desde una perspectiva más amplia para no valorarlos como exclusivos de esa obra, sino comunes a otros relatos de viajes. Su estudio termina con los elementos que configuran la obra, con una hipótesis sobre sus posibles modos de recepción y con un examen de los posibles motivos de su escritura.

El trabajo de J. M. Ribera Llopis, «Hacia una escritura del *viaje*: en torno a documentos catalanes de los siglos XIII-XV» (pp. 73-100) es quizá por su planteamiento y metodología la más original de las aportaciones al volumen a la par que una de las más sólidas. Continuando con un tipo de análisis que ya había practicado en ocasiones anteriores, parte del examen de los rasgos con que se va mostrando el viaje a través de las crónicas en un estudio comparativo que le permite determinar el grado de riqueza literaria de cada texto o más bien pasaje. De ahí pasa a establecer qué posibles modelos retóricos podía conocer un autor, determinando los cauces que para narrar un viaje se abrían ante él; y, por último, examina los recursos expresivos en un itinerario de 1323 a Tierra Santa, para llegar a fijar qué retórica emplea y, comparándola con obras coetáneas similares, preguntarse si la variedad en la expresión se debe a la búsqueda intencionada de una determinada formulación literaria.

La literatura francesa también está representada por el artículo de D. Corbella, «Historiografía y libros de viajes: *Le Canarien*» (pp. 101-119), que como otros estudios anteriores realiza una «nueva lectura» de la obra. Primero trata de sus tópicos medievales y luego de su estructura, concluyendo que en ella se manifiesta un discurso mixto, «una mezcla de libro de viaje, crónica y literatura de viajes» (p. 118). Ahora bien, varios de los rasgos que descubre y que asigna privativamente al discurso cronístico o del viaje necesitan ser más matizados en relación a obras coetáneas, ya que, por ejemplo, ni la tercera persona es privativa del uno ni la primera persona del otro, como tampoco el uso arbitrario del tiempo para alargarlo o condensarlo; ni le da un carácter particularmente religioso el hecho de que existan ciertos comentarios que remiten a Dios o que la división del día se haga según las horas canónicas; ni es exclusivo de esta obra o la *Embajada a Tamorlán* el uso de prolepsis y analepsis, habituales en toda la narrativa caballeresca y en las obras históricas. Lo que caracteriza a una obra no es su empleo de ciertos recursos comunes a otros textos y géneros, sino la finalidad con que el autor los utiliza y ese aspecto no ha sido suficientemente tenido en cuenta.

El artículo de R. Beltrán, «Los libros de viajes medievales castellanos. Introducción al panorama crítico actual: ¿cuántos libros de viajes castella-

nos?» (pp. 121-164), se convertirá desde ahora en punto de referencia obligado para los estudiosos del tema, no sólo por sus reflexiones sobre el conjunto del género, sino también porque incluye una puesta al día bibliográfica sobre cada uno de los textos que trata. Como arranque reconoce que el número de libros de viajes castellanos es variable según los criterios que cada crítico aplique y declara que su elección es «personal», incluyendo en esta ocasión el *Libro del conocimiento*, la *Embajada a Tamorlán* y el *Tratado* de Pero Tafur, amén del *Victorial*. Aunque el análisis que hace de cada uno de ellos es profundo y esclarecedor y más especialmente en el caso del *Tratado* de Tafur, para el cual recoge aspectos que ya había tratado anteriormente, lo más significativo es el apartado dedicado al *Victorial*, no porque intente demostrar que es un libro de viajes, sino precisamente por todo lo contrario. A partir de las características que para el género en la España medieval fijó M. A. Pérez Priego en un artículo ya clásico, examina cómo todas ellas son aplicables a esa obra a pesar de lo cual no se trata de un libro de viajes, sino de una biografía caballerescas porque «los elementos comunes al libro de viajes —itinerario, orden cronológico...— existen, como existen en toda la prosa histórica, pero subordinados a una estructura episódica en la que lo importante es el dinamismo de la acción y no el estatismo de la descripción» (p. 137). Ahora bien, analiza la presencia de estos elementos no en toda la obra, sino en la segunda parte y aunque el orden cronológico, en parte recursos del orden espacial, las escasas inclusiones de *mirabilia* y la forma de presentación del relato coinciden con los recursos que caracterizan a los libros de viajes, éstos se emplean en menor grado y el mismo R. Beltrán afirma en cuanto al itinerario que no es «la verdadera armazón del relato, sino el medio para relatar el paso de una acción de armas a otra» (p. 132). Pero en cualquier caso, no conviene olvidar que esto se refiere sólo a esa «segunda parte» y no a la obra en su conjunto. En este sentido me parece que el análisis de R. Beltrán no invalida las afirmaciones de Pérez Priego que sólo se consideran determinantes para definir el género si son aplicables al conjunto de una obra y cuando se da la presencia de todos los elementos, cosa que no sucede en el *Victorial*.

Como decía anteriormente, fuera del espacio cronológico de la Edad Media cae el trabajo de C. Mejía Ruiz, «Las peregrinaciones de Fernão Mendes Pinto. Un relato de viajes peculiar» (pp. 165-182), aunque la autora se preocupa por establecer comparaciones con ese período y considera que el episodio de la isla de Calempluy maneja códigos medievales. Quizá lo más curioso, por los problemas críticos que plantea, es la afirmación de que la obra se compuso primero como discurso oral, aunque lo que dice su editor de 1614, Francisco de Andrada, es que le llegaron unos originales escritos de Mendes Pinto que hubo de corregir. Sería interesante analizar con detenimiento qué marcas de oralidad presenta la obra, cuáles son las posibles adiciones de Andrada y qué relación guarda el texto castellano con su original portugués para una comprensión más profunda del conjunto. También parece necesario mencionar la relación existente entre la traducción castellana empleada en las citas y el original portugués, tema ya

tratado por Teresa Cirillo; así como la edición clásica (Lisboa, Sá da Costa, 1961) y los estudios de A. J. Saraiva.

Este colectivo se cierra con una bibliografía tanto de las fuentes primarias y secundarias empleadas para elaborar los trabajos, como de otras referencias relativas a los libros de viajes. Aun teniendo en cuenta que se trata de la más extensa que por el momento existe para la literatura románica, creo que debería haber sido más ambiciosa, especialmente considerando que se trata de la base informativa para un proyecto en equipo. Aparte de echar de menos unas cuantas referencias de índole general (J. Richard, «Voyages rels et voyages imaginaires...» ya citado; C. F. Beckingham, *Between Islam and Christendom. Collected Studies*, Londres, Variorum Reprints, 1983, conjunto de trabajos sobre viajes y viajeros, principalmente portugueses pero también árabes, como Ibn Battuta; G. Orlandi, «Temi e correnti nelle leggende di viaggio dell'Occidente alto-medievale», en *Popoli e paesi nella cultura altomedievale*, Spoletto, Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, 1983, pp. 523-571; M. B. Campbell, *The Witness and the Other World. Exotic European Travel Writing, 400-1600*; Itaca/Londres, Cornell University Press, 1988, por ejemplo, parecen muy escasos los estudios reunidos sobre peregrinación, que cuenta con abundantísimos trabajos históricos y filológicos, entre ellos la bibliografía de N. Schur, *Jerusalem in Pilgrims' and Travellers' Accounts. A Thematic Bibliography of Western Christian Itineraries 1300-1917*, Jerusalem, Ariel Publishing House, 1980 o el fácilmente accesible de P. G. Caucci von Saucken, 'Relazioni italiane di pellegrinaggio a Compostela nel Quattrocento' en *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Barcelona, PPU, 1988, pp. 235-246; sobre maravillas, monstruos, el Preste Juan, etc., temas recurrentes en los libros de viajes sobre los que se puede reunir una amplia muestra de trabajos útiles e interesantes (los clásicos de Zarncke, Oppert o Wittkower; los más modernos de J. B. Friedman, *The Monstrous Races in Medieval Art and Thought*, Cambridge, Harvard University Press, 1981; y C. Lecouteux, *Les monstres dans la littérature allemande du Moyen Âge. Contribution à l'étude du merveilleux médiéval*, Göppingen, Kummerle Verlag, 1982, 2 ts., entre otros); o bien sobre las condiciones históricas del viaje y sus rutas (O. Springer, «Medieval Pilgrims Roads to Rome», *Medieval Studies*, XII (1950), pp. 99-122; N. Ohler, *I viaggi nel Medio Evo*, Milán, Garzanti, 1988; Peyer, H. C., *Viaggiare nel Medioevo. Dall'ospitalità alla locanda*, Bari, Laterza, 1990). A estas noticias y como prueba del creciente interés que al comienzo apuntábamos en los libros de viajes se pueden añadir F. Crémoux, «Le pèlerin au XVI.^e siècle: visages de l'autre accept et refusé», en *Les représentations de l'autre dans l'espace iberique et ibero-américain (perspective synchronique)*, ed. de A. Redondo, París, Presses de La Sorbonne Nouvelle, 1991, pp. 107-119; F. Gómez Redondo, «Los libros de viajes», en *La prosa y el teatro en la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1991, pp. 66-72; B. Taylor, «Los libros de viajes en la Edad Media Hispánica: bibliografía y recepción», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispánica de Literatura Medieval*, Lisboa, Cosmos, 1991, pp. 57-70. Aquí también se leyeron otras

comunicaciones aún no publicadas: J. A. Ochoa, «La descripción de Jerusalén en Pero Tafur», J. M. Ribera Llopis, «Peregrinación y literatura: pasos y poses de Guillem de Varoic en *Tirant lo Blanc* de Joanot Martorell», N. Baranda, «La *Tribagia* y otras peregrinaciones a Tierra Santa» y P. Tena Tena, «Notas a la obra de Juan de Mandeville: edición valenciana de 1524», autor este último que acaba de publicar el «Estudio de un desconocido relato de viajes a Tierra Santa», *Dicenda*, IX (1990), pp. 187-203; y M. Wade Labarge, *Viajeras medievales. Los ricos y los insatisfechos*, Madrid, Nerea, 1992. Unas precisiones finales a la bibliografía se refieren a la corrección de los datos sobre la recopilación de R. Henning, que está formada por 7 ts. en 8 vols. publicados entre 1936-56; a la no inclusión de varios trabajos que sí aparecen citados por R. Beltrán; a la ordenación general, que por contar con seis apartados se vuelve complicada para la localización de las citas; a la necesidad de aunar criterios para ordenar las referencias primarias según el nombre del autor/título o del editor, si se cree conveniente, pues la mezcla de ambos resulta confuso; y, como sugerencia, a la utilidad de convertir la bibliografía en crítica, pues una pequeña información sobre cada texto, edición o estudio nos sería a todos de gran ayuda.

En síntesis creo que el colectivo que aquí se reseña tiene el mérito de plantearse a gran escala qué son los libros de viajes medievales, en un esfuerzo conjunto digno de ser tenido en cuenta, pero que como proyecto de investigación necesita establecer unas bases más sólidas que permitan a sus colaboradores extraer de su trabajo todos los frutos que tal empeño merece.

NIEVES BARANDA
U. N. E. D.

Inés Fernández Ordóñez, *Las Estorias de Alfonso el Sabio*, Biblioteca Española de Lingüística y Filología, Istmo, Madrid, 1992.

Este libro nace de una investigación sobre diferentes problemas relacionados: la concepción de historia que subyace a los textos historiográficos alfonsíes, la relación entre la *Estoria de España* y la *General Estoria*, la traducción de fuentes y su incorporación a estas obras y sobre los distintos modos de organizar el discurso histórico. Se trata de un estudio riguroso y muy sugestivo de las obras y las fuentes, de ese continuo trenzar y destrenzar textos, es decir, compilar, ayuntar, disponer según la cronología, etc. en que consistió la vasta obra historiográfica alfonsí (y parte de la postalfonsí). El trabajo es muy rico y no es posible resumir en unas líneas el caudal de informaciones y de interpretaciones (muchas de ellas novedosas) que se ofrecen en él.

Entre las numerosas cuestiones planteadas quiero destacar el estudio sobre la organización y vertebración del relato histórico. Es un problema que también hoy se discute y que interesa no sólo a quienes ejercen el oficio de historiador. En los últimos años, en efecto, se ha reflexionado sobre la naturaleza de los hechos históricos y sobre los procedimientos que